

LOS DIEZ

Ediciones mensuales de filosofía, arte y literatura

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN ANUAL:

En el país	\$	15
En el extranjero	frs.	20

Dirección: Santiago de Chile-Casilla, 2455-Morandé, 450

Las ediciones de Los Diez comprenderán al año 12 números, de los cuales 5 serán dedicados a la REVISTA (ilustrada), 4 a la BIBLIOTECA (obras literarias), 2 a los PINTORES CHILENOS (reproducciones de cuadros en tricromía, acompañados de artículos crítico-biográficos sobre sus autores) y 1 cuaderno destinado a Música, Escultura y Arquitectura.

Para el público, el valor de la REVISTA será de \$ 1.50 y el de las obras literarias, pictóricas, etc. fluctuará entre \$ 2 y \$ 3.50. Los 12 números, comprados separadamente, valdrán de \$ 22.50 a \$ 30; pero el suscriptor los adquiere sólo por \$ 15.

La REVISTA, la BIBLIOTECA y demás secciones, irán en diversos y apropiados formatos, pero todas, con excepción de las obras literarias, tendrán una foliación general, dentro de cada sección, de modo que sea fácil agrupar las materias en volúmenes independientes.

Ediciones de LOS DIEZ

PRÓXIMO NÚMERO (ABRIL DE 1917)

REVISTA N.º IV

Contendrá trabajos de Carlos Silva Vildósola, Rubén Darío, Rodolfo Lenz, Luis Roberto Boza, Alberto Méndez Bravo, Manuel Rojas, M. Magallanes Moure, etc.

Grabados de Juan Francisco González, Álvarez Sotomayor, Julio Bertrand.

Música de A. Allende Sarón.

PEQUEÑA ANTOLOGÍA

DE

POETAS CHILENOS CONTEMPORÁNEOS

PEQUEÑA ANTOLOGÍA DE POETAS CHILENOS CONTEMPORÁNEOS

Introducción de ARMANDO DONOSO



EDICIONES DE "LOS DIEZ"

IMPRENTA UNIVERSITARIA
Bandera 130-Santiago

ES PROPIEDAD

LA EVOLUCIÓN DE NUESTRA POESÍA LÍRICA

O rinovarsi o morire

D'Annunzio.

¡Qué camino tan largo ha recorrido la poesía chilena desde aquellos días en que comenzaron los primeros balbuceos de su renovación! Advertimos interminable la distancia hecha, más que por el tiempo pasado, por las modalidades que han ido cayendo en desuso, gastadas, cual monedas de blando metal, por todo lo que en ellas había de falso y de postizo. Si las obras producidas en una época no resisten a que se las comprenda sino encuadradas dentro del momento que las vió nacer, quiere decir que todo en ellas está muy cerca de la falsedad, si no es la falsedad misma. En la poesía, como en ninguna de las otras ramas del arte, la teoría del maestro de «La Inteligencia»—raza, medio, momento—no es posible ya: la obra del poeta debe estar por sobre todos los convencionalismos, y sólo pueden determinarla circunstancias psicológicas especiales o recónditos problemas de la sensibilidad, que caen fuera de los dominios de las reglas y de las leyes estéticas.

Felizmente en el desenvolvimiento de nuestra poesía lírica contemporánea ha presidido un espíritu de razonada cordura estética: cada portalira trató siempre de expresar su verdad, cantando en sus versos libremente a cuanto estaba fuera de las circunstancias del medio. ¿Qué los primeros pasos fueron lentos? ¿Qué las influencias falsearon a nuestros escritores durante más de dos lustros? Ello era lógico y natural en un pueblo donde la cultura se presentaba aún incipiente, necesitando el excitante de los buenos modelos. ¿Acaso Francia, España, Italia, Inglaterra, Alemania, no siguieron de cerca a los griegos, primero, a los latinos más tarde, dándose entre ellas mismas, en la edad moderna, el caso de frecuentes y decisivas imitaciones? Ahí están los nombres de Boscan y Garcilaso, de Ronsard y Molière, de Johnson y Byron, de Lessing y Tieck, de Bandello y Ariosto para afirmar el testimonio de las influencias que se han operado sucesivamente no sólo entre escritores aislados, sino que aun en generaciones enteras.

Los comienzos del movimiento evolutivo moderno en nuestra poesía lírica es menester rastrearlos

entre la generación que vivía en el tiempo en que Rubén Darío llegó a Chile. Ya, antes del año 90, don Eduardo de la Barra comenzó a dar una que otra nota interesante de color e introdujo cierta flexible elegancia en su variedad de metros y una inquieta viveza imaginativa, aun cuando en el fondo era un enemigo decidido de los que él llamaba decadentes; más tarde Abelardo Varela, anticipaba una que otra nota de la lírica francesa de aquellos días, en sus estrofas bien cinceladas, tal si fuesen vasos de oro fino; Pablo Garriga ponía en sus pequeños poemitas una suave y sencilla ternura; Julio Vicuña Cifuentes dejaba presentir, al margen de sus doctas dilecciones horacianas, una modalidad que, si no era nueva, por lo menos hacía vislumbrar una aurora no distante; Dublé Urrutia iniciábase en el trato de las musas, antes de sus floridos veinte años; Préndez no cesa de arra ncarle a su plectro notas que no ocultan sus intenciones épicas; Samuel Lillo rima fáciles y sencillas estrofas que, más tarde, ha de reunir en un primer libro; comienzan a ser publicados por esos años, en los periódicos de Santiago, algunos versos de Pedro Antonio González, que no denuncian todavía la mariposa que se esconde en el secreto de esa crisálida

El resto de toda aquella juventud, que llegó tras la revolución del 91, alentaba débilmente en una generación literaria pobrísima, anticipando apenas esfuerzos literarios que, seguramente, no iban a hacer

olvidar la obra consumada de los líricos de promedios del siglo, ya envejecida entonces en Guillermo Blest Gana, en Eusebio Lillo, en Luis Rodríguez Velasco, en José Antonio Soffia, en Guillermo Matta, quienes callan a la sombra de sus laureles resecos.

La apertura del Certamen Varela habría podido ser, años antes, una ocasión propicia para revelar a un poeta; sin embargo, los jurados nada lograron descubrir, rebajando, en cambio, con regateados segundos premios, hermosas páginas de Rubén Darío que, doloroso es decirlo, aventajaban con mucho a las de don Eduardo de la Barra, laureado total en esa justa literaria.

Rubén Darío era, por aquellos años del 86, 87 y 88, una lección viva para cuantos le rodeaban, comprendiéndole avaramente: inquieto, curioso de todo lo europeo, leía mucho a los Goncourt, Catulle Mendes, Gautier, Flaubert, Armand Silvestre, llegando a formarse una modalidad estética enteramente europea: en el verso, después de abandonar los suspirillos germánicos de Heine y las vulgares imitaciones de Campoamor, iba hacia Víctor Hugo, para acabar en el culto de los parnasianos y de cuantos eran maestros en la escritura artística en Francia. Gustaba Darío de los exóticos coloristas que ya habían descubierto el Japón fino y galante; de los adoradores de las marquesas de Watteau y de las pastoras de Fragonard; de las bizarras sensaciones del gran Theo y de las carnales pecadoras del wagneriano amigo de Glatigny, que defendía a Lohengrin y a su cisne a grito herido, como para que le oyesen mejor.

Cuando el lírico nicaragüense, entonces un muchacho huraño, callado, con aspecto de indio triste, dió a la estampa su «Azul», todos los entusiasmos dijeron ¡ah!, todos los asombros clamaron ¡oh! Esto sucedía allá por el año de 1888, en el puerto de Valparaíso, uno de los últimos rincones del mundo, en donde Rubén Darío servía—como poeta que era, muy mal por cierto—un puesto de pesador en la aduana, que le había conseguido su generoso amigo Pedro Balmaceda Toro, hijo del malogrado don José Manuel.

Tras el «Azul» se anunció el día para las vivas inquietudes de muchos adolescentes portaliras. Rubén Darío cruzaba luego los Andes e iba a la metrópoli del Plata a cortar frescas rosas de su rosal de ensueño y a segar tiernos laureles. En Santiago, entretanto, va a exaltar «Azul» ese movimiento de resurrección que, incipiente en sus comienzos, fué tomando cuerpo hasta florecer en un intenso movimiento artístico: revistas de vida efímera lo insinuaron, luego siguieron algunos diarios hasta que, corridos algunos años, comienzan a darse a la estampa las primeras buenas cosechas líricas: «Ritmos», de Pedro Antonio González; «Versos y poemas», de Gustavo Valledor Sánchez; «Esmaltines», de Francisco Contreras; «Campo lírico», de An-

tonio Bórquez Solar; «Brumas», de Miguel Luis Rocuant; «Del mar a la montaña», de Diego Dublé Urrutia; «Matices», de Manuel Magallanes Moure.

El período literario que abarca el último lustro del pasado siglo y los primeros años de la centuria que comenzaba, fué sin duda uno de los más bizarros y curiosos de la literatura chilena. Las influencias de Rubén Darío, Jaimes Freire, Valencia, Lugones y González son tiránicas. A su vez, el poeta de «Ritmos» había sufrido las del Darío de «Prosas profanas», de Díaz Mirón y del lírico de «Ritos»: más de una reminiscencia ideológica y más de una combinación métrica bastan para dejarla sentir inmediatamente. De entre los jóvenes, Rocuant y Bórquez Solar siguen a González, y el último imita muy de cerca «Las montañas del oro» de Lugones, «Castalia bárbara» de Jaimes Freire, «Prosas profanas» de Rubén Darío: son los mismos metros, el mismo simbolismo, las mismas referencias mitológicas, análogas bizarrías pour épater les bourgeois, que en el autor de «Campo lírico» venían a ser un eco, recogido a través de los tres poetas americanos, de los «Poemas bárbaros» de Leconte de Lisle, de la meticulosidad maestra de los parnasianos franceses y de las obscuridades de los simbolistas que Darío, Lugones y Jaimes Freire conocían a maravillas. Ya, en el hermoso prólogo que Marcial Cabrera le escribía a Bórquez Solar para su «Campo lírico», reprochábale que «desbocó la cuadriga de sus

águilas, despeñó su carro en los abismos y extremó en lo abstruso la ficción de su arte, para hacer hablar la Perla, monologar los Lirios y las Rosas, poner el oído al diálogo del Monstruo y la Princesa, en un indescifrable barajamiento de astreas y egipanes, oxiuros, tubiporas y lamantinas, y para desbordarse en exotismos extraños y en fantasías abracadabrantes»; y no se crea que el prologuista exageraba, pues si se lee el siguiente trozo se habrán comprendido todos los excesos que la libertad artística trajo por esos años:

En un hermoso jardín marino donde hay astreas y tubiporas, donde el ofiuro que es una estrella junto a la fucsia a dormirse vino, un cariofilo, sangre de auroras, pezón del seno de una doncella que hace mil años hirió un Delfín, hace mil años que está soñando de cien canciones al eco blando muy tristes sueños en el jardín.

Eran la juventud y la desenfrenada imitación lo que originaban estos libros raros, extrañamente grotescos, pero que tenían un mérito altísimo: su versificación, en la mayor parte de los casos, admirable. Bórquez Solar repasaba en su primer libro toda la lira, manejando el verso con riqueza de ritmos y variedad de consonantes, hasta ese entonces sólo oídas entre nosotros en Pedro Antonio González.

También Francisco Contreras, en el alba rosada de su fresca adolescencia, le había cortado la cola a su perro con un pequeño libro lírico, audaz, cosmopolita, muy bien rimado: «Esmaltines». Contreras comenzaba a conocer directamente el movimiento literario de Francia, y no creemos que, por ese entonces, hubiera otros, fuera de Marcial Cabrera y Miguel Luis Rocuant, que siguiesen tan de cerca la evolucion del simbolismo francés. Luego, en el correr de los años. Contreras les había de aventajar en el estudio de los modernos, llegando a poseer un acabado conocimiento de toda la literatura contemporánea, que los años y el estudio no harían más que acrecentar. La publicación de «Esmaltines» tuvo un eco de escándalo: no pocos protestaron ante aquel pequeño volúmen, esmeradamente impreso en tinta azul, que ostentaba dedicatorias extravagantes, dirigidas a la princesa Zafirina, a la señorita Primavera, al príncipe Matiz. Años más tarde, dió a la estampa su poema «Raúl», que denunciaba una fuerte influencia baudeleriana y era un bello esfuerzo lírico. A modo de pórtico, lucía «Raúl» un manifiesto literario que entonces constituyó una novedad y hoy tiene el valor de un interesante documento. El eco de las «Flores del mal» no se olvida en sus dodecasílabos flexibles, pulidos con amor de orfebre e insólitos en su variedad imaginativa:

Y por tí busqué las crápulas impúdicas, y el espasmo melancólico, nocturno,

y las flores lujuriosas y palúdicas y el ajenjo verde opaco y taciturno.

Así, poco a poco, se hacía el camino, preparándose el ambiente para las futuras siegas literarias. ¿Que
hubo excesos? ¿Que los nuevos oficiantes de la capilla lírica extremaron sus procedimientos? Indudablemente; pero fueron esos crímenes de juventud y
de entusiasmo cuyos resultados trajeron positivos
beneficios artísticos. Con razón ha dicho Francisco
Contreras, a quien siempre habrá que citar, en tratándose de aquel movimiento, que «el arte de la pasada época ha debido terminar, pues, con el medio
que lo informó. Pero de él ha quedado lo que tenía
de independiente al medio. Esto es, la idea de la libertad y el sentimiento de la renovación».

Fué esa época innovadora, que arrancó del movimiento iniciado por Rubén Darío con su «Azul» y que culminó en Pedro Antonio González, maestro de una generación, aun cuando el autor de «Ritmos» no procedía directamente del portalira de «Prosas profanas», un período abiertamente revolucionario, iconoclástico, que ya es posible caracterizar por haber producido, de una parte, cuatro o cinco buenos escritores y de la otra, una serie de exageraciones, hijas de una ardiente modalidad literaria. El advenimiento del modernismo en nuestra literatura tuvo el significado de una amplia liberación de los gastados cánones seudo-clásicos y románticos: con él sucedía, a un período de decrepitud, una era primaveral, de absoluta libertad, aunque dicha libertad rayó en la anarquía, trayendo con su aliento de resurrección algunos excesos, naturales por lo demás, de toda fecundidad, de toda exuberancia, de todo renuevo, en fin. Y sólo cuando esa juventud del último lustro del pasado siglo comenzó a liberarse de las influencias (los parnasianos y los simbolistas franceses; de Gorki e Ibsen; Darío, Lugones, Valencia, Chocano, González) entonces comenzó a producir lo más jugoso y duradero de su obra: ahí están, como un exponente de aquel momento literario, los libros de Contreras, de Rocuant, de Dublé Urrutia, de Magallanes Moure, de Bórquez Solar, de Silva, de Jorge González y de tantos otros

Toda esa accion de trastorno lírico tuvo especialmente un alcance revolucionario verbal; aunque si bien es cierto que entre los más adelantados de aquella época los hubo conceptuosos en sus ideologías (huguesco Miguel Luis Rocuant, cuya gran inquietud iba hacia un panteísmo deísta; sensual, baudeleriano, Contreras, en su «Raúl»; imitando «Las montañas del oro» de Lugones, Bórquez; revolucionario, ardoroso, apostólico en su fe socialista, Silva) no es menos cierto también que, por sobre todas las emociones líricas, privaba casi exclusivamente el gay decir, la forma pura, la transparencia del vaso. Ellos repasaron toda la lira: los metros más simples

y los más complicados; los más dóciles al oído y los más bizarros de factura; las estrofas más rebuscadas y los consonantes más rudos. Entonces se operó en nuestra poesía el verdadero milagro de una orquestación wagneriana: corno de Tanhauser y oboe de Lohengrin, fagot y violines, cobres y cristales, voces y suspiros, milagros y anunciaciones; toda la lira y toda la gama musical. Cada poeta hubiera podido decir con Moréas:

Moi qui porte Apollon au bout des dix doigts.

¿Qué de extraño había de ser, pues, que tras esta verdadera locura de verbalismo, en que se exageraron todas las maneras y todos los procedimientos, la mayor parte de las veces sin la cultura suficiente que supone toda innovación, se operase un contra movimiento benéfico en cuanto tendía a volver a una tranquila sencillez, a un amor hacia la vida y a una exaltación de toda personalidad?

Primeramente, la constante influencia que predominó, durante algunos años, de la literatura social, cuyo camino prepararon los libros de Zola, decidió a la nueva generación a mirar hacia la naturaleza y hacia la vida, poseída de un altísimo sentimiento humanitario. Entonces se leen, con furioso entusiasmo, los primeros libros de Gorki, Tolstoy, Dostoiewski, Ibsen; el arte comienza a teñirse de amor hacia los desheredados i, por directa reacción, de

gusto por las ideas: quiénes presienten cercana la aurora roja de todas las vindicaciones; otros auscultan el dolor de los humildes; no pocos frecuentan los medios obreros para sentir el dolor de los de abajo; y mientras Víctor Domingo Silva canta en su «Hacia Allá»,—es decir, hacia la revuelta, hacia la vindicación, hacia el ideal social—:

Humilde orgullo mío si en esta hora inquieta de todos mis poemas se hiciera un campanario para tocar a gloria... Quizás soy un poeta, pero antes que poeta soy revolucionario

Bórquez Solar compone su «Floresta de los leones»—los leones son el pueblo que ruge y aguarda la hora de las venganzas—y escribe: «He ido a empaparme mucho en la hiel y vinagre de allá abajo; y en nombre del Bien y de la Justicia quiero romper la molicie de los poderosos con el eco de este clamor, que viene agigantándose poco a poco, y que bien pudiera ser que se oyera con el estampido terrible de la trompeta del Juicio Ultimo».

Y sucedió lo que, forzosamente, tenía que suceder: poetas y novelistas miran en torno el ambiente social, la vida rústica de los campos, las miserias de las minas. Y cuando comienzan a hacer sentir la vida chilena,—Federico Gana el primero y el más perfecto de todos; Thomson y Labarca Hubertson, Baldomero Lillo y Santiván,—ya Contreras prepara sus «Romances de Hoy» y proclama la vuelta hacia

la naturaleza, hacia la vida. Entonces se acentúa una vigorosa corriente de nacionalización literaria que, a la postre, ha de pasar, dejando la huella de dos o tres obras duraderas y el eco de muchas teorizaciones estériles.

Porque ha sucedido, desgraciadamente, que cuanto se ha predicado en el sentido de encauzar la literatura por un nacionalismo estrecho, a fin de teñirla de una interesante chilenidad, se ha entendido como que se pretendía obligarla a interesarse por ciertos detalles pueriles que le iban a dar color local, pero en ningún caso carácter autóctono y distinción vernacular. Porque así como en la España del momento existe una corriente no pequeña, cuyo prototipo es el hueco y empalagoso Ricardo León, que tiene por más español cuanto imita todo lo antiguo, volviendo a una rancia modalidad de lenguaje y a una resurrección minuciosa del color local de antaño, como si esto fuese a aventajar en carácter a cuanto crean un Pérez Galdos y un Baroja; hay quienes por acá estiman que no puede concebirse el arte chileno si no se copia a nuestro roto, se menciona la cordillera una o más veces, o se sazona la obra con expresiones que están más cerca del folklore que del arte. Tanto se vociferó en este sentido, que muchos han acabado por seguir el derrotero que le trazan, siendo sus obras joh ironía! harto menos chilenas que todas las de quienes no pusieron intenciones para que lo fueran: valga el caso de los

cuentos de Federico Gana, de la novelita de Santiván «La Hechizada», de algunas páginas de Angel Pino, de los cuentos de Rafael Maluenda, que, no teniendo pretensiones de ser documentos de la vida chilena, abundan, sin embargo, en tan intenso sabor de la tierra. Cuando sus autores lograron ser sinceros con ellos mismos y no pusieron más intención determinada que hacer arte sentido antes que fotografías, crearon bellas páginas, que no se han de olvidar facilmente. Y es que antes que mirar hacia el exterior es menester verse uno mismo: si la creación artística no fluye de la personalidad definida, que se traduce en el modo peculiar de ver y de sentir, comenzará por no interesarnos; la cuestión de la realidad tendrá un carácter secundario, pues no viene a ser más que un recurso en toda creación estética que no debe anteponerse a la emoción artística, como una limitación que tiraniza ante un momento, acto y cosa dados.

Sin conocimiento previo, hondo y sincero, forzando una cuerda que no era la de ellos ¡cómo se han afanado Dublé Urrutia y Bórquez Solar por hacernos sentir el sabor de la tierra en sus versos! Desgraciadamente, no lo han conseguido porque, sobre no estar penetrados del sentimiento ingenuo de la vida rural, iban directamente a buscar la parte anecdótica en el detalle que nada expresa, quedando distantes de poder hacer sentir la emoción real: así Orrego Barros y Pezoa Véliz llegan a componer

poemitas salpicados de frases en jerga popular; Dublé Urrutia a describir la naturaleza como lo hicieran Bello, Heredia u Olmedo y Bórquez Solar a cantar un Chiloé, que tanto podía ser Chiloé como Noruega o Terranova, ¡de memoria, siempre de memoria y no sintiendo jamás lo que decía! Sólo así se concibe que hable solamente de nereidas, sílfides, delfines, tritones; de rhinianas vírgenes blondas; de aves de Palas y nictálopes negros (cuando hasta al oído suenan mejor los nombres de murciélago y cuervo); del viejo océano; de la Venus de Milo; de Diana, que recorre las florestas (¡ni siquiera hablar de los bosques, sino de florestas en el Archipiélago!) seguida de corzas y de ninfas y del rey Egipán. Siquiera, en estos últimos años, Bórquez Sclar ha trocado toda esta democracia mitológica por focas, ladridos de los perros de los vientos del Norte, Caleuche y otros atributos de mayor exactitud regional. En cambio, cuando un buen día escribe Pezoa Véliz su Una astucia de Manuel Rodríguez nos hace sentir el paisaje chileno y no poco del carácter malicioso y ladino de nuestros compatriotas; cuando Bórquez Solar compone también su Tribulaciones, comienza por interesarnos inmediatamente aquel verdadero desgarrón de su sinceridad, que denuncia a un verdadero poeta, y cuando Dublé Urrutia rima La estrella desconocida y en esa abstracción de idealidad adivinamos al lírico, al escritor que olvida influencias y modalidades, pensamos en el verdadero artista que en tantos de sus trabajos no hace más que ocultarse.

Luego, en el rodar de los años, muchos de los de aquella generación que sucedió a González, callan, y su silencio les aleja poco a poco de la vida literaria: Dublé Urrutia vegeta de legación en legación, arrastrando su esceptisismo a través de los países europeos; Rocuant cultiva el oro de sus versos en el aislamiento de una tranquila vida de estudio; Bórquez Solar continúa riñendo sus líricas justas, ogaño igual que en aquel entonces de sus verdes años de mocedad; Jorge González huye hacia un apartado terruño y, de tarde en tarde, le arranca una fresca rama florida a su lírico laurel; Pezoa Véliz, como el autor de «Ritmos», muere un día cualquiera en el lecho de un hospital; Contreras, desde su rincón francés escribe, escribe hermosos libros, que el turbión de la guerra europea le obliga a guardar; Víctor Domingo Silva va hacia la política, gana en ella honrosas y altivas batallas, y llega a un sillón del Congreso; pero ha dejado de rimar el oro de su ilusión como en sus locos tiempos de bohemia; Manuel Magallanes se renueva cada día y sus poemas del momento acusan una rara perfección; Ernesto Guzmán cultiva en el aislamiento de su áspera sinceridad su fresco jardín... Y, con el tiempo, como en los cuentos de hadas, han venido nuevos príncipes a cultivar otra risueña primavera en el huerto de hoy.

¿Quiénes son ellos? ¿Cuándo han llegado?

Idos son ya los tiempos en que, con santa ingenuidad, se creía en las modalidades de última hora: en las escuelas, en las hechuras de París, que enviaban, por cada correo ultramarino, los Jean Moréas, los Saint George de Bouhélier, los Jules Bois, los Saint-Pol-Roux, los Jules Romains. ¿Es que la generacion actual tiene la seguridad de sus propias alas? ¿O es que cada cual se conforma con su santa y pobre sinceridad, y canta su canto sin escuchar el de los demás?

Sin embargo, la iniciación en los líricos de hoy fué incierta como en los de ayer, y ahí están, para corroborar el aserto, la influencia que han ejercido las obras de Marquina, de Unamuno, de Guerra Junqueiro, de Andrés González Blanco, cuya lírica melancolía rodembachiana ha tenido entre nosotros más de un eco entre los poetas de la penúltima hora.

Desde los comienzos del cuarto lustro del siglo que corre, el movimiento de liberación estética comienza a alcanzar su total madurez, siendo fácil advertir dos tendencias paralelas, cuyo antagonismo es puramente verbal: mientras en un Max Jara, Manuel Magallanes Moure, Carlos Mondaca, Gabriela Mistral, Angel Cruchaga, Jorge Hübner, mantienen el prestigio del verso armonioso, correcto, bien rimado, fruto de una amplia cultura literaria; en la otra, Pedro Prado, Ernesto Guzmán, Alberto Ried, olvidan voluntariamente todas las limitaciones de la

retórica y escriben con sinceridad, libremente, ateniéndose a la simple manera de cortar los versos irregularmente: a veces los endecasílabos o los heptasílabos brotan involuntariamente; luego la medida ideal se deshace en una prosa fragmentaria, caprichosa, cuya armonía simplísima no llega al oído del ignaro lector.

No ha faltado quien haya designado con el nombre de verso libre a semejantes caprichos verbales: pero, si bien se analizan, notamos inmediatamente que nada tienen que ver con el noble y puro concepto del verso libre moderno, si es que por tal hemos de aceptar la forma consagrada en bellos libros por Gustavo Khan, Julio Laforgue y el fuerte Verhaeren. En su volumen «Ensayos» escribía recientemente Pedro Prado: «Bien se trate de los versos llamados libres, (1) en realidad libres sólo de la rima»... con lo cual afirmaba un error, pues una de las características del verso libre, sea en francés, inglés, alemán, español o italiano, es que siempre va aconsonantado, y es libre por cuanto no tiene más subordinación que la de un ritmo arbitrario. Leed algunos poemas de Juan Masefield, de Arno Holz, de Vielé-Griffin, de Luigi Capuana, de Rubén Darío, y advertiréis inmediatamente la presen-

⁽¹⁾ Prado trata del verso libre francés, hoy aceptado en castellano, que en nada dice relación con el verso blanco, o sea el endecasílabo sin rima.

cia de la rima que en el verso constituye uno de los más positivos recursos de emoción estética. Y si no basta el caso de tales versolibristas, oigamos lo que dicen doctos filólogos como Mauricio Grammont y Ricardo Jaimes Freyre, introductor este último del verso libre en América. Escribe el primero: «Quand ses rimes, au lieu d'être plates d'un bout a l'autre, comme dans la tragédie, sont tantôt plates, tantôt croiseés, embrassées où répétées, ont peut dire qu'il est en vers libres, en se plaçant au point de vue de la rime»; y el autor de «Castalia bárbara» consignaba: «El llamado verso libre, el arritmo, tiene del verso la rima, el estilo poético».

Corrientemente, se ha hecho entre nosotros una lamentable confusión entre el verso blanco; la forma arrítmica en que escriben Pedro Prado, Ernesto Guzmán; y el verso libre, siendo que no existen semejanzas de ninguna especie: mientras el primero no es más que un endecasílabo sin rima y la forma en que fueron escritos «El llamado del mundo» y «El arbol ilusionado» a veces era prosa cortada en cierto tono de versículos,—tal sucede en los admirables poemas cortos de Andrés Spire,—o versos de regulares endecasílabos y heptasílabos, el verso libre significa el empleo de un ritmo arbitrario, como sucede en el caso de esta estrofa de Lugones:

Harto esponjada en sus percales, la joven apareció un tanto incierta, a pesar de las lisonjas locales. Por la puerta, asomaron racimos de glicinas, y llegó de la huerta un maternal escándalo de gallinas.

Lejos está el verso libre de las heladas formas fijas: todo el movimiento y toda la armonía caben dentro de su variada estructura. Tal vez descontando las necesidades del consonante, el verso libre es la forma literaria que más se acerca a lo espontáneo: su amplitud no impone más tiranía que la rítmica, que viene a tener el valor de la nota musical, pues supone la gracia armónica basada no en el número, sino que en el tono. Y esto es fruto, en todo caso, de la intuición que se tenga de la armonía verbal, que muy bien expresó Verlaine, cuando escribía: «Cuando estoy triste, escribo versos tristes, eso es todo, sin guiarme por otras reglas que no sean más que el instinto que creo tener de la bella escritura, como ellos dicen. Y contra los inflexibles partidarios de todo lo clásico, de todo lo establecido, es preciso recordar que el primer versolibrista fué La Fontaine»

Y no es que la igualdad rítmica o la regularidad métrica originen, como lo hace notar Pedro Prado, una especie de verbomotorismo, pues existen ya pruebas harto concluyentes de lo contrario: ahí están el Fausto de Goethe, los poemas admirables de Gabriel D'Annunzio, las sencillas «Geórgicas cris-

tianas» de Francis Jammes, donde no advierte siquiera el lector la monotonía del verso: en el primer caso, por la variedad enorme de metros livianos; en el segundo, por la flexibilidad maestra; en el tercero, por la sencillez eglógica.

Mas, si en cuanto toca a la libertad de la forma no han sido muy afortunados algunos de los jóvenes poetas chilenos, en cuanto toca en sus poemas al elemento imaginativo, a la inquietud pensante, a la originalidad ideológica, están muy por encima de todo lo que se ha producido hasta hoy en la literatura chilena. Y es que en ellos se ha dado algo más que la simple emoción de belleza y de musicalidad verbal: son poetas, sin necesidad de recurrir a inútiles complicaciones retóricas, ni a metáforas violentas, ni a giros antitéticos, ni a equilibrios violentos, paradójicos. Su concepto de la poesía es una representación realista del mundo y de los sentimientos, que apenas si exige el aderezo de sencillas imágenes o de claros conceptos.

Sin embargo, en más de alguno de entre ellos, la poesía se resiente de aridez intelectual con la ausencia de calor emotivo y de sentimientos íntimos; a veces se torna razonadora, friamente analítica, vacía de sentimientos: procede del cerebro y nunca toca el corazón. A veces se dijera que esta poesía puramente ideológica es una forma de la filosofía trasplantada al terreno del lirismo: advertid cómo en algunos de los poemas que figuran en la presente

Antología la emoción de la naturaleza y de la vida no es más que una especie de panteísmo razonado, a través del cual se nos aparecen las cosas sub specie aeternitatis. En cambio, otros hay, y no son los menos, que hablan de hondas inquietudes sentimentales y son como desgarraduras interiores a través de las cuales se vacia la emoción, tal la sangre de una herida.

Si se nos exigiera caracterizar nuestro lirismo del momento, no vacilaríamos en decir que su interés reside directamente en su personalidad singular, sin que con ello afirmáramos que ha encontrado su origen en un individualismo estéril. Personales en sus ideas y en sus sentimientos son nuestros mejores poetas de la hora presente: leed la Elegia de Carlos Mondaca y no encontraréis ni una imagen, ni un verso, que no provengan de una emoción palpitante e íntima; sentid en Magallanes o en Jara todo lo que hay de propio en sus estrofas, que son una exteriorización de estados psicológicos interesantes; repasad en Lázaro, de Prado, o en los pequeños poemitas de Guzmán, la original manera de sentir sus emociones: en aquél, ajustándolas a un fresco panteísmo, sereno y frío; en éste, expresándolas con cierta seca tortura ideológica; leed a Daniel de la Vega y os cautivará su sinceridad sentimental, que fluye con tanta frescura de su verso; a Angel Cruchaga, sencillo e intenso; a Hübner, fuerte en su ardiente emotividad; o, a los más jóvenes aun,

que vienen tras ellos y denuncian ya personalidades interesantes.

Cada uno aporta la novedad de tener algo propio que expresar, que no oculta tras abigarrados arreos verbales; que por algo sentimos tan distantes va a los ágiles versificadores que otrora cautivaran nuestros entusiasmos. Es de lamentar solamente en muchos de ellos que la reacción contra los rimadores fáciles les haya llevado al otro extremo: al de la negación de toda belleza rítmica y de todo interés en el estilo. Las ideas y las emociones estarán más cerca de nuestra sensibilidad, mientras mayor sea el atractivo del vaso que las contenga. ¿Por qué negar entonces esa belleza que no es más que un modo de expresión, como la nota en el canto, la cuerda en el instrumento y el color en la tela? Si la emoción estética ha de ser perdurable donde haya armonía ¿por qué tratar de destruirla? ¿Por qué no conservar toda sensación de belleza en el cristal de una forma pura?

ARMANDO DONOSO

PEDRO ANTONIO GONZÁLEZ

LUCRECIA BORGIA

I

Era la noche.—Sembraba el miedo con el desmayo la cauda oscura de un pavoroso, fatal querube.
Zumbaba el noto, rugía el trueno, vibraba el rayo de golfo en golfo, de monte en monte, de nube en nube.

Lucrecia Borgia, tras la postrera y ardiente danza, fué a reclinarse junto a su lecho de oro y caoba. Y hundió sus grandes ojos azules en lontananza por la ventana medio entreabierta de su amplia alcoba.

Sin miedo al rayo que desgarraba los nubarrones, se alzó de pronto con un extraño vaivén satánico. Y aspiró ansiosa con sus lozanos, rojos pulmones el formidable, vertiginoso soplo huracánico.

Lanzó al espacio con voz sonora dos carcajadas que retumbaron en los lejanos, vagos confines, como las locas notas de plata de las cascadas, como los regios compases de oro de los clarines.

Y entonó un himno de estrepitosas, raudas cadencias, que dilataron por la siniestra noche sombría

sus arrebatos, y sus trasportes y sus demencias, mientras inmóvil, tras las tinieblas, Satán reía...

H

—Yo cruzo altiva, como una diosa de mármol griego, por los soberbios, resplandecientes, vastos salones, dejando en torno con mis miradas llenas de fuego, hechos pavesas, hechos cenizas, los corazones.

Yo, cuando danzo, dejo en el aire rumores de alas. Yo toco apenas con mis pies raudos la muelle alfombra. Yo me deslizo tras los compases, tras las escalas, como un querube, como un ensueño, como una sombra.

El foco de oro de las arañas lanza a porfía sus claras ondas, llenas de ritmos, llenas de efluvios, como una rauda, trémula lluvia de pedrería, sobre el penacho de mi diadema de bucles rubios.

Yo lo soy todo, porque soy bella. Yo soy satánica. Yo llevo el soplo de la soberbia borrasca loca; yo llevo el soplo de la candente llama volcánica que despedaza, que pulveriza la dura roca.

Yo arranco al fondo de los sepulcros y los ocasos sombras que crecen y que se empujan, y que batallan. Yo desparramo, con mis miradas, ante mis pasos, dudas que lloran, odios que rugen, celos que estallan.

Es mi gran triunfo ver sobre el polvo que altiva piso caer al hombre bajo mis plantas, rendido y tierno; y allá a lo lejos mostrarle el fondo de un paraíso; y en sus transportes, en vez de un cielo, darle un infierno. Cuando entro al templo como una reina, como una Diosa, tiemblan las novias que se desposan en los altares; se pone blanca como la nieve su tez de rosa; se bambolean sobre su frente los azahares.

Es mi gran triunfo clavar en ellas mi dardo extraño, y herir de muerte sus ilusiones, sus alegrías; y en las tinieblas crepusculares del desengaño, contar a solas, una por una, sus agonías.

Oh negra Noche! Yo te bendigo cuando tú velas. Yo te bendigo cuando sacudes tus hondas calmas. Somos amigas, somos hermanas, somos gemelas: tú arrojas sombras en los abismos, y yo en las almas.

Las dos cruzamos con unos mismos, lóbregos pasos, robando al astro y a la esperanza sus rayos pulcros: tú por el cielo, como la esfinge de los ocasos; yo por la tierra, como la esfinge de los sepulcros.

MI VELA

Cerca de mi vela que apenas alumbra la estancia desierta de mi buhardilla, yo leo en el libro de mi alma sencilla por entre la vaga y errante penumbra.

Despide mi vela la llama de un cirio a fin de que acaso con ella consagre mi cáliz sin fondo de hiel y vinagre delante del ara de mi hondo martirio. A mí no me queda ya nada de todo. Mis viejos recuerdos son humo que sube, formando en el éter la trágica nube que marca la ruta de mi último exodo.

Yo cruzo la noche con pasos aciagos, sin ver brillar nunca la estrella temprana que vieron delante de su caravana brillar a lo lejos los tres reyes magos.

¡Quizás soy un mago maldito! Yo ignoro cuál es el Mesías en cuyos altares pondré con mi lira de alados cantares mi ofrenda de incienso, de mirra y de oro!

Al golpe del viento rechinan las trancas detrás de la puerta de mi buhardilla.

Y vierte mi vela—que apenas ya brilla—goteras candentes de lágrimas blancas!...

SAMUEL A. LILLO

MARINA

En la caleta, al pie de la montaña, mientras cubre la playa la marea, a pleno sol se baña un grupo de muchachas de la aldea.

Hienden las aguas los ebúrneos senos, y la mar, juguetona por instantes, muestra indiscreta mórbidas espaldas y cimbradoras curvas incitantes.

Como echada en la arena por la ola, la moza mas gentil de la ribera está apartada, pensativa y sola, destrenzada la rubia cabellera.

En su soberbia desnudez de diosa júntanse la azucena y la alborada, y la abierta pupila temblorosa mirar parece una visión soñada. De la ola la lluvia cristalina turba a veces sus dulces embelesos, y el sol, enamorado de la ondina, su cuerpo enjuga con ardientes besos.

Y bajan por el aire azul, sereno, mensajeras de amor, las mariposas a beber en los lirios de su seno, que duermen entre pétalos de rosas.

Mientra esparcen las algas sus fragancias, las auras tibias con sus bucles juegan, y en ella avivan las febriles ansias y las pasiones cálidas que ciegan.

Ella siente entre púdicos sonrojos dentro de su alma insólitos ardores, y en tanto cierra lánguida los ojos, atormenta sus labios sed de amores.

Su rica sangre juvenil se inflama; tumultuoso latido la sofoca; despide su mirar celeste llama, y el beso del amor juega en su boca.

La hora del calor. Dulce desmaya la onda acariciada por la brisa, y siguen las muchachas en la playa, llenando el aire con su alegre risa.

A VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

(Fragmento)

Si en la noche los búfalos salvajes el remanso atraviesan de repente, turbando con sus cascos los oleajes de la dormida fuente. y borrando la imagen luminosa de la luna que brilla temblorosa, como una flor de plata, en la corriente, el agua mansa tórnase bravía, inquieta y turbia, y se levanta airada; mas, luego que se aleja la manada, de nuevo al cielo dulcemente envía la imagen de la luna tembladora, incierta como el tinte que anunciara una pálida aurora, y después, con el límpido y seguro resplandor de un diamante que brillara en el engaste de su fondo oscuro.

Así en la humanidad, banda inconsciente o, a las veces, proterva, suele pasar turbando la corriente que refleja la gloria de algún héroe de Marte o de Minerva; y, cuando ya no se oyen las lejanas

pisadas de las idas caravanas, en las serenidades de la historia, como la flor de plata del remanso, resurge limpia y clara la ínclita memoria que el tropel de las turbas pisoteara.

También, tras luengos años, sobre esta noble tierra colombina, libre ya de prejuicios y de engaños, aparece la gloria que ilumina joh infortunado capitán ibero! tu figura romántica y extraña tumbada por la envidia, porque glorias y reinos diste a España y porque, vencedor en cruenta lidia, tu empuje sobrehumano logró sacar del báratro profundo un gigantesco oceano que duplicó la magnitud del mundo.

Fué un espíritu audaz y aventurero de alas de cóndor y ojos de milano, mezcla de espadachín y caballero, con arranques de hidalgo castellano.

.....

DIEGO DUBLÉ URRUTIA

LA ESTRELLA DESCONOCIDA

I

En el fondo de los bosques y en un tiempo ya distante, ignorado de las gentes un astrónomo habitaba: sabio adusto y solitario, cuyo espíritu jigante, como un ave, de astro en astro, por las noches revolaba.

Las luciérnagas venían a parar su vuelo errante sobre la ancha torre antigua donde el alba le encontraba junto al viejo y escarchado telescopio vacilante que en el cielo, eternamente, su pupila fiel clavaba.

Era una alma fugitiva del humano cautiverio; solitario, cuyos ojos, anegados en misterio, ya tan sólo se entreabrían al temblor de las estrellas;

ellas sólo consolaban su habitual melancolía: contemplábalas de noche y al nacer la luz del día, retirado a las cavernas se iba allí a soñar con ellas.

H

iPobre anciano! Tiempo hacía que buscaba, locamente, los nocturnos resplandores de un incógnito lucero

cuya lumbre nunca vieron reflejarse en el torrente ni la alondra, por la aurora, ni al crepúsculo el vespero...

Y era extraño... que en el muro de su torre, claramente, cien problemas, ya resueltos, le mostraban el sendero, y ni el hambre, que odia al sabio, ni la bruma, ni el relente lograrían ya arrancarle su celeste prisionero;

moriría, pero el mundo guardaría su grandeza, su ancha planta arraigaría de la envidia en la cabeza y en la tierra, ya perdidos de su tumba hasta los rastros,

bastaría a los humanos de alma sabia y frente altiva levantar a los abismos la mirada pensativa para hallar allí su nombre, recogido por los astros!

III

Tales eran sus ensueños y fué tal la cantilena, que escucharon las palomas en el bosque hospitalario, hasta un día en que, azotado por el viento y por la pena, no volvió a mirar los astros el vencido solitario...

Nadie vió rodar su cuerpo junto a la ancha y vieja almena; ni una lágrima siquiera visitó su triste osario; sólo oyóse vagamente, bajo la alta luna llena, como el toque desvelado de un remoto campanario...

Murió el sabio sin dolores: como un viento que no siente que se pára, como un lago que se filtra lentamente, como un barco envejecido que naufraga en mar tranquila;

y en la torre, desde entonces, misterioso centinela, siempre fijo el telescopio la ignorada tumba vela, reflejando los abismos en su huérfana pupila.

IV

Y allí está... mientras que el astro que el anciano persiguera, como a errante fuego fatuo que disipa la mañana, siempre ignoto en lo más hondo del espacio reverbera, sin que nunca un rayo suyo dé en la triste senda humana...

Ningún bardo lo ha cantado, ningún pueblo lo venera, no refleja ningún lago su sonrisa soberana, no hay amantes que se inquieten por su lumbre mensajera, ni ha alumbrado las errancias de ninguna caravana;

pero existe, como existe bajo el mudo mar la perla, como oculto en playa obscura quien delira por cogerla, como el genio en tanta frente que derriba el desencanto.

Y es la lumbre de esa estrella, como el alma luminosa de aquel sabio cuyo nombre nadie sabe, y cuya fosa ni aun conocen las alondras que la alegran con su canto!

ANTONIO BÓRQUEZ SOLAR

TRIBULACIONES

Anatolio es un hombre mezcla de luz y lodo; tiene ansias infinitas y hastiado está de todo.

Al Abismo en la noche se confiesa a su modo sonambulesco y triste, de amarguras beodo:

Oído del Abismo, tú que estás en mí mismo, óyeme bien y dame tu gran palabra, Abismo: ¿De qué barro estoy hecho? Pero ¿de qué fermento de unas cosas protervas como zumo de yerbas venenosas? ¿De qué blancuras de Sacramento? Todas mis horas pasan estranguladas, siervas del Pecado maligno y el Arrepentimiento.

Sí; tengo envenenada mi pobre carne flaca, y busco muchos años sin encontrar la triaca. Yo quisiera ser humildemente bueno, bueno como un árbol modesto perdido en la montaña; dar mis flores y frutos y estar siempre lleno de ese dulce reposo que las florestas baña;

pero son mis pasiones como potros ariscos que corbetean, piafan y quebrantan su freno; y desbocados saltan torrenteras y riscos, borbotantes de espumas estos potros ariscos.

Ya todo lo he probado, lo bueno y lo vedado, el amor inocente con el amor comprado, y de los dos no acierto cuál mejor me ha engañado; pero tras ellos corro como un desatentado.

No me sacian los besos, y amo hasta el sufrimiento sin compasión ninguna de la vida que gasto, hasta al llegar las horas del arrepentimiento: las horas mordedoras, pero sin eficacia en que me torno bueno y en que me torno casto. Y después que estas cuitas me acribillan de heridas, me parece que vuelvo otra vez a la gracia de mis horas de armiños, de mis horas floridas.

Primero sufro mucho y me doy horror yo mismo, me avergüenzo y me envuelvo en un puro misticismo; con rudas disciplinas me sangro y me flajelo hasta que el dolor me hace como un bloque de hielo. En seguida viene la paz, un dulce consuelo que ilumina mi alma como una luz del cielo, y amo todas las cosas, las piedras y las rosas, la palma del martirio, el humo de la gloria, y torno en oro puro hasta mi misma escoria.

Mas cuando ya parece que estoy regenerado, caigo otra vez de nuevo en las fauces del Pecado...
¡Oh Padre y Señor mío que estás en el Abismo, socórreme; no puedo socorrerme yo mismo!

* *

Y, angustiado, Anatolio le preguntó al Abismo:

—¿Qué debo hacer?

Y él:

-Pues ¡véncete a ti mismo!

FRANCISCO CONTRERAS

LUNA DE LA PATRIA

Luna de la Patria, luna única, lánguida, grata, cuya luz bendita es una polvareda azul de plata.

* *

Luna en cuyo faz de armiño veía mi madre angélica a la Virgen con el Niño, sobre la burra evangélica.

Luna que, cual sol magnífico, más puro tu rayo expandes que la espuma del Pacífico, que la nieve de los Andes.

Por fin vuelvo a contemplar tu fosfórico zafir,

por fin te vuelvo a llorar, por fin te vuelvo a reir.

Muchos años, muchos años Vagué por extraños climas, bajo horizontes extraños, escalando extrañas cimas.

Soy el mismo sin embargo, todo ilusión y erotismo; soy el mismo niño amargo, soy el mismo, soy el mismo.

El mismo que diera todo el oro por una rosa, el mismo niño beodo tras una azul mariposa.

El polvo de cien paises, de cien soles el destello no han dejado tonos grises en mi alma ni en mi cabello.

* *

Luna de la Patria, luna única, lánguida, grata, cuya lus bendita es una polvareda asul de plata. * *

Un día te dije adios, abracé a mi madre y hacia otros mundos, en pos de loco ensueño, partí.

No volví a ver tus fecundos rayos de argénteo tisú: la luna de aquellos mundos no eres tú, no, no eres tú!

Surqué mares, crucé tierras, fuí del Oriente a Tulé; escalé gigantes sierras, vibré, padecí, luché...

Y hubo generosas palmas, que aplaudieron mi locura, y hubo almas, nobles almas, que endulzaron mi amargura.

Y hubo corazones tiernos, bajo el lino y bajo el raso, que a mis ardores eternos dieron todo: aroma y vaso. ¡Oh, la dulce niña pía, (vivió en amorosa crisis) que el Azar me ofreció un día y otro me quitó la Tisis!...

¡Oh, la tierna niña amante de cabello y de alma de oro, que arrulló mi sueño errante con su risa y con su lloro!...

* *

Luna de la Patria, luna única, lánguida, grata, cuya lus bendita es una polvareda asul de plata.

* *

La nostalgia abrazadora vino mi ensueño a turbar, y un buen día volví prora a mí patria y mi solar

Quería ver la serrana campiña que fué mi cuna, besar a mi madre anciana y contemplarte a ti, joh luna! La ausencia, la lejanía me encendían de amor patrio: mi ser todo entero ardía como incensario en el atrio.

Daré a la patria, pensaba, el fruto de mi afán loco, y sólo me acongojaba darla tan poco, tan poco!

¡Ay, mis anhelos ufanos en llegando se abatieron! Me negaron los hermanos, los mastines me mordieron!

Tan sólo tú, más humana que los hombres, Luna triste, con piedad de única hermana en tus brazos me acogiste.

Y a tu halagüeño cariño, volvió a mi alma la ternura, sentí mi candor de niño y sollocé de dulzural...

* *

Luna de la Patria, luna única. lánguida, grata,

cuya luz bendita es una polvareda azul de plata.

* *

No me amarga el Mal contrario, en mí no medra el rencor: mi pecho es un incensario, que arde y perfuma de amor.

La hostilidad, el sarcasmo con su exhalación de abismo podrán secar mi entusiasmo, pero jamás mi civismo.

Amo a la Patria que, adversa, me desconoce o me olvida: para ella será mi fuerza, por ella daré la vida.

Amo la tierra hosca y rancia de breñales y de espinos: en ella mi clara infancia soñó sus sueños divinos.

Amo la montaña eterna, que hácia los cielos se exalta: a su sombra mi alma tierna aprendió a ser firme y alta. Amo el cielo de fulgencia no vista sobre las cimas: en su azul mi adolescencia tiñó mis primeras rimas.

Y te amo a tí, Luna angélica, a quien la flor da su incienso; a ti, Magdalena célica, que ungiste mi duelo inmenso!

* *

Luna de la Patria, luna única, lánguida, grata, cuya luz bendita es una polvareda asul de plata.

MIGUEL LUIS ROCUANT

A DIOS

I

¡Oh Dios! ¿En dónde estás? ¿qué abismo o cumbre han rozado tus amplias vestiduras? ¿Te arrastras como el mar, flotas cual lumbre de algun bucle del sol, en las alturas?

II

La altiva Humanidad que no se abate porque la azotes tú desde las nieblas, te pide, nuevo Ayax en el combate, una luz que desgarre las tinieblas...

III

Yo te he buscado en la ribera sola donde grita EVOHÉ bajo la bruma la desnuda bacante de la ola coronada de pámpanos de espuma. Yo te he buscado en la región superna que las noches sacuden a su paso, como cuervos que van, con hambre eterna. tras las carnes sangrientas del ocaso.

Y te busqué bajo la nave santa que sostiene la arcada con sus músculos; y sólo vi al color que ríe y canta en orgías de auroras y crepúsculos.

Ni en éter, ni en altar ni en oceano, encontró el rayo audaz de mi mirada ni un solo rasgo de tu rostro arcano, ni un solo embrión de eternidad, ni nada!

IV

Sólo sé que eres grande, que en tus velos, con que los limbos del espacio absorbes, dan sus velas al viento de los cielos las galeras errantes de los orbes.

Que hasta la vida de los astros mismos la mide la clepsidra donde moras al verter, grano a grano, a los abismos la limpia arena azul de las auroras.

Que no piensas, ni sueñas; que a tu mente explosiones de mundos ya no arrancas,

de aquellos que se alzaron de tu frente como inmensa espiral de águilas blancas.

Sé también que eres frío, que eres triste como el postrer fulgor crepusculario, que no sabes de Cristo, que ni oiste los golpes del martillo en el Calvario.

Y que no pasas, cual pasabas antes, cerniendo noches, devorando edades, con los pliegues enormes y flotantes de tu trágico tul de eternidades!

CARLOS PEZOA VÉLIZ

EL PINTOR PEREZA

Este es un artista de paleta añeja que usa una cachimba de color coñac, y habita una boharda de ventana vieja donde un reloj viejo masculla: tic tac...

Tendido a la larga sobre un mueble inválido, un bostezo larga, y otro, y otro; tres! ¡Diablo de muchacho, pobre diablo escuálido, pero con modorras de viejo burgués!

Cerca de él, cigarros finjen los pinceles sobre la paleta de estraño color: sus últimos toques fueron dos claveles para un cuadro sobre cuestiones de amor.

Cerca un lápiz negro de familia Faber enristra la punta como un arfiler; hay tufo a sudores y olor a cadáver, hay tufo a modorras y olor a mujer. Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma en una cachimba de color coñac, y mira unos cuadros repletos de bruma sobre un hecho que hubo cerca del Rimac.

El pintor no lee. La lectura agobia, y anteojos de bruma pone en la nariz; Juan odia los libros, ve horrible a su novia, y todas las cosas con máscara gris.

Su mal es el mismo de los vagabundos: fatiga, neurosis, anemia moral. sensaciones raras, sueños errabundos que vagan en busca de un vago ideal.

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia. ¡Qué ha de pintar, si halla todo sin color! Tiene hipocondría, tiene neurastenia, y hace un gesto de asco si oye hablar de amor.

Mira un cuadro antiguo sin pensar en nada; mira el techo, el humo, las flores, el mar, una barca inglesa que ha tiempo está anclada y unas acuarelas a medio empezar.

De un escritorillo sobre la cubierta un ramo de rosas chorrea placer y una obra moderna, rasgada y abierta, muestra sus encantos como una mujer. El pintor no lee. La lectura agobia: Juan Valjean es bruto, necio Tartarín; Juan odia los libros, ve horrible a su novia y muere en silencio, de tedio, de esplin.

Sudores espesos empapan los oros que el lacio cabello recoge del sol, y se abren al beso del aire los poros del rostro manchado con tintas de alcohol.

Y mientras el meollo puebla un chiste rancio, que dicho con gracia fuera original, una flor de moda muere de cansancio sobre la solapa donde está el ojal.

Hay planchas que esperan el baño potásico; un cuadro de otoño y una mancha gris, una oleografía de un poeta clásico con gestos de piedra y ojuelos de miss.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma en una cachimba de color coñac, y enfermo incurable de una larga bruma, oye a un reloj viejo que dice: tic tac...

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia. ¡Qué ha de pintar si halla todo color gris! Tiene hipocondría, tiene neurastenia y anteojos de bruma sobre la nariz.

Así pasa el tiempo. Solo, solo el cuarto... Solo Juan Pereza, sin hablar. ¿De qué? Flojo y aburrido como un gran lagarto, muerta la esperanza, difunta la fé.

La madre está léjos. A morir empieza, allá donde el padre sirve un puesto ad-hoc; no le escribe nunca porque la pereza le esconde la pluma, la tinta o el block.

Hace ya diez años que en el tren nocturno y en un vagón de última dejó la ciudad; iba un desertado recluta de turno y una moza flaca de marchita edad.

Un gringo de gorra pensaba, pensaba... Luego un cigarrillo... Y otro. ¿Fuma usted? Luego un frasco cuyo líquido apuraba para tanta pena, para tanta sed.

¡Tanta pena, tánta! Su llanto salobre secaba una vieja de andrajoso ajuar; iba un mercachifle y un ratero pobre, y una lamparilla que hacía llorar.

La vida... Sus penas. ¡Chocheces de antaño! Se sufre, se sufre. ¿Por qué? ¡Porque sí! Se sufre, se sufre... Y así pasa un año y otro año... ¡Qué diablo! La vida es así...

TARDE EN EL HOSPITAL

Sobre el campo el agua mustia cae fina, grácil, leve; con el agua cae angustia; llueve...

Y pues solo en amplia pieza, yazgo en cama, yazgo enfermo, para espantar la tristeza, duermo.

Pero el agua ha lloriqueado junto a mí, cansada, leve; despierto sobresaltado; llueve...

Entonces, muerto de angustia, ante el panorama inmenso, mientras cae el agua mustia, pienso.

ERNESTO A. GUZMÁN

MADRE!...

He buscado tu rostro en mi recuerdo y la misericordia no ha llegado...
Guiadas por el mío, no han podido mis ansias entreverlo.

No dejaste
de ti más que mi espíritu y mi cuerpo;
pero en ellos estás y en ellos sufres
y gozas todavía, y en mi ensueño
resplandece tu ensueño: se estremece
en mi interior tu carne que hoy es tierra,
y esa tierra está lejos.

Y esa tierra que tu cuerpo es ahora, no me cuenta ni me enseña siquiera cómo guarda, cómo tiene y conserva en sus partículas los aspectos de cielo y de este verde de campo recogidos por tus ojos!... ni cómo los instantes sucesivos de tu conciencia guarde disgregados!...

La unción de tu mirar y el religioso panorama del mundo cómo quedan en la obscura manera de esa guarda!... y cómo tus dolores y esperanzas reposaran entonces... de qué suerte y en que forma estarán tu pensamiento, tu voz, tu regocijo y tu cariño!... Qué escogidas raíces penetraron y se hicieron solemnes en el templo de ese tu corazón; y por qué tallos, colmados de su carne, ascendió luego, humanizando savias, a hacer flores y a poner su bondad en el perfume... y quién pudo sentir toda la nueva majestad de esas hierbas bajo la honda claridad de ese día que habrá ungido de algún virgen asombro las pupilas... y en qué cosa ha dejado todo su oro tu personalidad!...

Y el suelo crece joh, buena madre mía! y yo lo siento...
Yo lo siento crecer a costa tuya, y tú invades mi pueblo, y me lo llena este suelo que crece... y es por eso que ningún conocido allí me resta, porque me aguardas tú; y es tu presencia la que siento en las gentes y en las casas, y en las hojas del árbol y en la hierba que acaso tus piedades fecundizan...

y en ellos calla todo, porque me hablas y en ellos vives tú.

Yo no conservo
la imagen de tu rostro, y la memoria
de mi visión es frágil y no puede,
a pesar de mis ansias, entreverlo...
Pero en mi ser estás: en él resides
y colmas mis robustas alegrías
y mis altos pensares; formas todos
mis agudos sentires, y agradezco
tu manera de hacer mis padeceres...
Yo te pongo a vivir aquí en mi cuerpo,
y he venido a mostrarte por el mundo...

Me diste en el aliento de la rudas estrofas de mi abuelo, mi quimera... que domina en mis horas todavía!...

Los recogidos versos que he podido llenar de mi presencia, estaban hechos ya en el lejano ritmo de la vida de tu virgen entraña. Y aquí en ellos, en todos los mejores, tú has dejado la hermosura que tengan y pusiste tu ternura al hacerse... Estás en todas sus salientes imájenes, y en cada austera concepción se hacen sensibles tu fuerza y tu nobleza, madre mía!

JESÚS

Aquí bajo este sol que me liberta de las malas pasiones, porque es tibio como mano de madre; en esta tierra toda nueva de flores y llamados sucesivos y pródigos, suprema por la reciente lluvia y puesta hermosa de solemnes comienzos; bajo todo esto que solemniza en mis adentros y de envíos me sacia, en que el espíritu es resplandecimiento y es propósito; Jesús, vo te comprendo. Eternizaste tu yo en algún instante parecido, pero más grande que este mismo instante que me hace soberano de la hora y de la eternidad y de la tierra. Ahora te comprendo, Jesús!

Fuiste

en todos los minutos de tus años sereno enteramente; como hierba húmeda sobre el suelo, tus acciones y tus voces sumian sus raíces lozanas en tu cuerpo ¡qué de extraño que sintieran los hombres un callado rumor de tierra que elabora y nutre al acercarse a ti! porque en tu cuerpo hacía resonancia toda cosa

y dentro de tu alma se agrandaba el alegre universo!

¡Saturado de todos los aspectos, poseído de los ecos diversos y la gracia de horizontes sobrantes!...

Tus dos ojos

eran dos corazones, e infundían en la profundidad del organismo cálidos crecimientos; suscitaban en los hombres maduros una fuerza que los hacía niños, y ponía bajo sus rudos sueños la confianza, que fertiliza todos los instantes. Eras el admirado permanente del minuto y la brizna: los hallazgos acudían a ti desde la hierba. desde el astro lejano o la partícula de polvo del camino; ningún hecho te negó su recóndita sustancia, ninguna sensación, su preferencia, y ningún pensamiento dejó su obra para ti sin cumplirse: tú tenías más atención que el sol y penetrabas todos los hemisferios del espíritu.

¡Oh Infinito Remanso serenado de mirar a los cielos cara a cara! Todo lo más pequeño, lo superfluo y lo insignificante se tornaban magníficos en ti: se hacían hondos los gritos de las bestias; la montaña turbadora y estéril, florecía meditaciones altas; el comienzo del balbuceo humano se llenaba de grandes pensamientos; los endebles y diminutos brazos se cubrían de resueltas acciones; y la nube tenía una conciencia bienhechora.

Maravillado y Pródigo, tus manos, mensajeras de ti, manos de siembras, no pudieron cerrarse, como fuente que por las altas cimas con el cielo comunica, y agotarse no puede.

MANUEL MAGALLANES MOURE

MADRE MÍA

Me siento como un niño extraviado en la fiesta. ¿Dónde estás, madre mía? No eres ésa, ni esta,

ni aquélla... Madre mía ¿cómo hallarte, si ignoro cuál eres? Te he buscado y, al no encontrarte, lloro.

Como un niño pequeño lloro en mi desamparo.
Tu mirar ¿será obscuro?
¿Será tu mirar claro?

No eres ésta, ni aquélla... ¿Dónde estás, madre mía? Han de ser luz tus ojos en mi alma sombría. Han de ser suavidad tus manos, y ternura; tus labios han de ser miel para mi amargura.

Tu regazo ha de ser olvido del dolor; has de ser, madre mía, toda amor, toda amor!

Ha de ser tu cariño calor de revivir, y tus caricias, dulces como un dulce morir.

—¿Eres la madre mía? digo a cada mujer. Y unas suspiran, y otras ríen sin comprender.

APAISEMENT

Tus ojos y mis ojos se contemplan en la quietud crepuscular. Nos bebemos el alma lentamente y se nos duerme el desear. Como dos niños que jamás supieron de los ardores del amor, en la paz de la tarde nos miramos con novedad de corazón.

Violeta era el color de la montaña. Ahora azul, azul está. Era una soledad el cielo. Ahora por él la luna va.

Me sabes tuyo, te recuerdo mía. Somos el hombre y la mujer. Conscientes de ser nuestros nos miramos en el sereno atardecer.

Son del color del agua tus pupilas: del color del agua del mar. Desnuda, en ellas se sumerge mi alma, con sed de amor y eternidad.

VICTOR DOMINGO SILVA

EL REGRESO

Me acosté llorando por mi hogar desierto, por mi infancia ida, por mi padre muerto... Días, meses, años, han pasado ya, y en la casa en ruinas, desde los cimientos hasta las cornisas de los aposentos, itodo qué distinto, qué cambiado está!

Me acosté llorando por las viejas horas... (mañanas alegres, tardes soñadoras, perezosas siestas!) Me dormí y soñé que «él» había vuelto de un viaje lejano, curvas las espaldas y el cabello cano... ¡también muy distinto de cuando se fué!

Aguardando siempre ¡siempre! su regreso, no nos sorprendimos. Sentimos su beso sobre nuestras frentes, tibio y familiar. Mi madre suspira. Los viejos sirvientes tienen a su vista gestos reverentes y el can favorito se pone a brincar.

¡Qué viaje tan largo, tan largo, Dios mío! Durante su ausencia, qué rachas de hastío, qué sombras de pena, qué nieblas de horror! El calla. Parece que lee en nosotros: la tristeza en unos, el cansancio en otros, y en todos un mundo de ensueño y dolor.

¡Qué viaje tan largo, tan largo, Dios mío!
Ante las cenizas del hogar ya frío,
rodeado de todos, nos pregunta: —«Y bien:
¿muy viejo me encuentran? Hablen sin cuidado...»
—«Sí, padre (decimos) estás muy cambiado.»
Y él: —«Pobres muchachos, ustedes también!»

BALADA DEL VIOLIN

Aquel mozo enfermo y flaco tocaba el violín al sol por un sorbo de alcohol o un puñado de tabaco.

Y buen dar! cuando tocaba algún rondel español o alguna sonata eslava...

Aquel mozo enfermo y flaco salía a buscar el sol y a llenar su viejo saco, por un sorbo de alcohol o un puñado de tabaco.

Salía a matar su esplín cuando tocaba el violín, cuando como un caracol salía a buscar el sol...

Aquel mozo enfermo y flaco murió tocando el violín. ¿Qué queréis? Halló su fin en un sorbo de alcohol y un puñado de tabaco.

Le hallaron tendido al sol y abrazado a su violín...

JORGE GONZÁLEZ BASTIAS

ÉGLOGA DEL CAMINO

Mi viejo camino, un poco quiero conversar contigo y ante las sombras que evoco, hablarte como a un amigo.

Hace tanto tiempo, tanto, que conozco tus orillas; en tus yerbas amarillas cayó alguna vez mi llanto.

Hace tanto tiempo, tanto, que conozco tus orillas!

Hace tanto tiempo que, camino, no te veía; acaso sea alegría esto que siento, no sé.

Acaso sea alegría lo que hay en mi corazón;

se parece a una canción llena de melancolía.

Acaso sea alegría lo que hay en mi corazón!

Nunca tuvo para mi ningun camino tu encanto. Sé de la sangre y el llanto que han vertido sobre ti.

Nunca tuvo para mi ningún camino tu encanto!

Tras de andar y andar me pierdo mirando tus lontananzas, y un perfume de añoranzas surge de cada recuerdo.

Miro tus huellas, y leo en ellas una leyenda... los poemas de la senda que no adivina el deseo...

...Y mañana, cuando ya esté yo lejos, mañana cuando sueñe la campana de mi aldea, quién sabrá, cáminol que aquí mis huellas quedan tambien, quién sabrá? alguien me recordará? ¿Me habrán visto las estrellas?

ANTONIO ORREGO BARROS

LO QUE SIENTO

¿Qué la iga lo que siento, pero menos enreao? ¿Qué yo me humille e nuevo pa que responda más claro?

¡Si ella quiere a too el mundo! Si el puchero es su guisao onde hay papas y cebollas onde hay e too mezclao!...

Si toos le han prometío... Y a toos les ha acetao!... Y pa toos ha tenío

lo que pa mi no ha gastao! Si too lo sé! Y con too, la quiero como al pecao!

CARLOS R. MONDACA C.

ELEGÍA

I

¡Gracias, madre!
Por todos los dones de tu corazón,
por tu santa emoción;
y por la exaltación
y la pasión!

Por tu espíritu de fuego y de luz! por tu amor de Jesús; por tu ansia de la cruz; y por la excelsitud de tu virtud!

¡Gracias, madre!
Por la intensidad del vivir;
por la belleza de sufrir;
por el encanto de escuchar;
por el milagro de mirar;
y la amargura de pensar!

Y por la angustia de querer, y no alcanzar; y por la gloria de caer, y levantar, y de creer, y de esperar!

II

Cristo te dijo: Sigue mi camino. Y fué la santa ley de tu destino. Abrázate a la cruz de mis amores! Y te abrevaste en todos los dolores.

Tu vida fué más pura que una estrella, Dios se miraba reflejado en ella.

Tu pensamiento era como una fuente que manara de Cristo, eternamente.

Tu carne enrojeció bajo el cilicio y te vistió de blanco el sacrificio.

Te coronó de rosas el Señor; y te ciñó de espinas el amor.

Y ahora, Madre, en la infinita noche de nieve que llegó, tu corazón ya no me grita sobre el abismo del terror. Ya no se posan en mi frente tus manos, que eran el perdón. El sol de Dios secó la fuente, la fuente de mi redención.

Ya no me alumbran el camino ni tu mirada ni tu voz. Voy tropezando, ebrio del vino con que la vida me abrevó.

Ebrio del vino de la muerte que, envenenando hasta el amor, me va arrastrando como inerte por los caminos del dolor.

III

En la lejanía más vaga flota una dulce claridad. ¿Es un estrella que se apaga? Es un recuerdo que se va.

Es mi dolor—pobre de mí—que no he podido eternizar!

Limitación para sufrir,
y pequeñez para gozar!

¿Es que no tienen mis arterias el fuego de tu corazón?...

O son tan grandes mis miserias, que no merezco tu dolor?...

Yo no sé, madre, no sé nada. Yo sólo sé que ya no estás; que es infinita la jornada, y que es inútil esperar.

Yo no sé nada. ¡No sé nada! Muero en las sombras del vivir. Tú que «viviste», sombra amada, ven a decirme qué es morir,

Yo no sé donde está el camino. Voy aterrado de vivir, buscando a tientas un destino que no consigo definir.

Yo vivo, madre, eternamente, sobre el dolor del desamparo, aquel minuto de tu muerte cuando tus ojos se velaron.

¿Qué viste, madre, en el umbral? ¿Qué resplandor te deslumbró? ¿Qué inmenso arrullo maternal entre la sombra te adurmió? En la frontera de su imperio ¿te habló la muerte su verdad? ¿Dijo la Vida su misterio? ¿Se iluminó la Eternidad?...

¿O era la Nada? ¿Y tú la velas? Háblame, madre, sin piedad, porque si tú no la revelas, ¿quién me diría la Verdad?

Te adoré, viva; muerta, te venero, y si aun he de vivir, de ti lo espero.

Algo de Dios florece en tu memoria: que tus huesos se alegren en su gloria.

Y tu espíritu, en goces eternales, cante con las potencias celestiales.

Vencedora de los siete dragones, las Virtudes te ciñen con sus dones.

Y sobre tu corona de azucenas, ponen un resplandor de luna llena.

* *

Pero en la soledad del cementerio el gusano voraz pone su imperio;

y sobre tu cadáver se levanta jy lo engendró tu carne sacrosanta!

Y luego no será más que ceniza que ha de aventar un soplo de la brisa!

¡Y ya no te verán estos ojos mortales, nunca más!

Y cuando pienso, madre, cuando pienso que no he de verte más, siento un inmenso deseo de escaparme de mí mismo, ansias de ir a perderme en un abismo, y a solas con mi pena y tu recuerdo, aullarte como un perro!...

CANSANCIO

Quién pudiera dormirse como se duerme un niño, sonreir entre sueños al sueño del dolor, y soñar con amigos y soñar el cariño, y hundirse poco a poco en un sueño mayor.

Y cruzar por la vida sonambulescamente, los ojos muy abiertos sobre un mundo interior, con los labios sellados, mudos eternamente, atento sólo al ritmo del propio corazón... Y pasar por la vida sin dejar una huella... Ser el pobre arroyuelo que se evapora al sol... Y perderse una noche como muere una estrella que ardió millares de años, y que nadie la vió...

MAX. JARA

¿POESÍA ...?

Desnudo fué mi pensamiento: Lo ví adorable y sin defensa; de su belleza me lamento, su desnudez me da vergüenza.

En su virtud, que a muchos mueve,
—lo que me trae confundido—;
agua que nace de la nieve,
toda la vida se me ha ido.

Siento aún en mí la voz que canta, pero en su magia ya no creo: tanta virtud y gracia tanta sólo existieron en deseo.

La tarde de mi desaliento sintió pasar una mujer cuyo fragante pensamiento fué voluntad dentro mi ser. Ayer murió: banal historia; hoy su agonía en mí la miro, por la orfandad de su memoria sin flor, sin beso, sin suspiro.

Matar quisiera su recuerdo y este deseo me hace daño; joven me sé; viejo me pierdo en la emocion de los veinte años.

Rompió ese duelo mi armonía; tal vez su vuelta en vano espere, y habiendo sed de poesía la poesía en mí se muere...

La tarde de mi desaliento recuerda aún a la mujer; de su fragante pensamiento ansioso estoy de florecer.

PEDRO PRADO

LÁZARO

«¿Quién me llama?» Y Lázaro, saliendo de la tumba, miró a Jesús y lo comprendió todo. «¿Eres tú ¡oh sol! el que alumbras? ¿Eres tú, o todo es un sueño? María, mi hermana! Marta, hermana mía!...»

Hablaba lenta y vagamente, como un canto que brotara de las aguas.

Sus miradas sin brillo iban errantes por el ardiente paisaje de Judea.

Su voz estaba impregnada del opaco silencio de la muerte y su faz, serena y pálida, comenzaba a rizarse como un lago dormido a la llegada del céfiro.

Una frágil apariencia revestía su cuerpo.

Trasparentaba su carne los truncos, futuros designios; adivinábase un empeño interrumpido de trasformarse en lirios,

en miel de los higos, en agua y en aire alado.

Marta y María contemplaban atónitas el curso revelado de un misterio.
Un terror ardiente y una alegría enloquecedora corrían como fuego por sus venas.
Allí, el hermano y el devenir del hermano; allí, Lázaro vivo y el anuncio de sus lirios.
Tan sólo la muerte no estaba en parte alguna.
La muerte es un instante fugaz, el vuelo de un segundo, el cambio de un estado.

«Lázaro, anda!» esclamó Cristo. Lázaro pareció no oir, e inmóvil en la puerta del sepulcro, dijo al Nazareno:

- « Como tú me llamaste, me llamaban
- « las raíces de las vides y de los olivos,
- « para resucitar en aceite y vino.
- « Con igual imperio que el tuyo,
- « el agua me inducía a disgregarme
- « y a huir con ella.
- « Empecé a comprender con el morir
- « el sentido de la voz de las cosas,
- « y todas ellas no cesaron de llamar.
- « Innúmeras vocecillas llenan los sepulcros:
- « Lázaro, ven! Lázaro, canta! Lázaro,
- « sube por nosotras y en nuestro perfume vuela,
- « esclamaban las silvestres flores de mi tierra.

- « Oh! poder de las voces veladas de la tumba!
- « Yo, solícito, en mitad de todas ellas,
- « como arena insegura que entre los dedos pasa,
- « me sentía escurrir. Era
- « un caer sin fondo,
- « blando como el sueño de un niño.
 - «Qué de secretos descubiertos
- « en el comienzo de mi transfiguración!
- « El dolor de mi sangre
- « camino de ser roca!
- « El triste revolar de los cabellos,
- « alentando sobre mi frente como las hojas secas,
- « cuando el viento campesino se colaba
- « por las rendijas de la losa!
- « Las hormigas trepaban sobre mis piernas
- « como yo, de muchacho, por las suaves
- « colinas de Bethania; y mordían mi carne
- « como pican los mineros
- « a las montañas del oro.
- « Cuando vivimos, es un dolor el dar;
- « cuando muertos, una gran alegría.
- « Es el único camino que nuevamente
- « conduce a la vida.
- « Mi carne se entregaba gozosa
- « a la santa labor de las hormigas!
 - «Jesús, tú que todo lo das,
- « y con placer, en vida;

- « tú que juntas con el vivir la única
- « alegría de la muerte ¿mueres o vives?
- « o quedas más allá de la muerte y de la vida?

Y Lázaro lloró y dijo: «Yo lo sabía;

- « sí, yo lo sabía cuando durmiendo estaba;
- « pero toda mi conciencia de la tumba
- « rueda a lo más hondo del olvido.
- « Ai! para siempre he perdido
- « el saber que alcanzara en mi agonía.
- « Por eso lloro...»

Y como llorara, los ojos opacos de Lázaro adquirieron brillo; quedaron con la luminosa y húmeda mirada de los vivos.

Y Lázaro exclamó, en medio de sus lágrimas:

- « Si por la muerte gimo,
- « como por un bien perdido,
- « por la vida que retorna, río.»

Y volvía la sangre a sus mejillas y a sus labios; y el fuego del amor, a su corazón.

Cayendo de hinojos bajo el plateado follaje de los olivos, dijo con una voz que parecía arañar los corazones:

- « He pasado y pasamos por la vida
- « y por la existencia que se sigue a la muerte.

- « Y cuando rige el imperio de una de ellas,
- « se borra de la otra la memoria.
- « Gracias, muro inconmensurable del olvido,
- « atalaya de ambos mundos que en la muerte te [elevas!
- « Oh! recia muralla impenetrable
- « que nadie escala si no renuncia
- « a su saber antiguo!
- « Gracias, porque quien no recuerda
- « el embeleso de la muerte,
- « puede abrazar a la vida con placer.
- « ¿Qué muerto no estuvo entre los vivos?
- « ¿Qué vivo no fué entre los muertos?
- « Y así como nadie guarda memoria
- « de su estadía en el materno vientre,
- « nadie alcanzará jamas a recordar
- « cuando muerto, a la vida;
- « cuando vivo, a la muerte.
 - «Para mí se evapora la ciencia del no ser
- « como el rocío que cae por la noche
- « y que el sol bebe con avidez.
- « Ya ignoro los goces del sepulcro;
- « ya las doradas colinas y las rojas
- « amapolas, y los ojos de María
- « me ciegan de amor.
- « Llueve a torrentes el olvido
- « sobre mi ser.

- «Vuelvo como viajero que retorna
- « de islas remotas, cien veces más bellas
- « que los paternos lares.
- « Y, porque regreso, vengo
- « sumido en un goce que mece más suave
- « que las ondas azules.
- « Vuelvo a mis duros terrones
- « con amor prodigioso que todo lo enaltece,
- « y veo que ellos se alzan más deseables
- « que las islas maravillosas del otro lado del mar.
 - «¡Cuánto a la vida vivifica el olvido!
- « Envuelto en su manto clemente,
- « siento que todo es posible para mí.
- « Brota otra vez límpida y hermosa
- « una esperanza interminable!»

Entre las yerbas, Marta y María yacían agotadas; estremecidos los apóstoles, veían llorar a los judíos; pero sólo el Nazareno comprendía la voz de Lázaro...

- «Muerte dulce, vida intensa, esposas mías!
- « Por vosotras dos se ha estremecido mi corazón;
- « pero al volver a tu lado,
- « oh! vida en juventud perenne,
- « arribo como llegaría el viudo
- « a quien le fuese dable gozar otra vez
- « de las ardiente caricias
- « de su primer amor desvanecido!

DANIEL DE LA VEGA

OFRENDA A JESÚS

Jesús Nazareno, tú que los querías, tú que los buscabas, tú que defendías las blancas mañanas de sus alegrías, tú que a tus hermanos siempre les decías: «Dejad a los niños que vengan a mí»... toma este florido rayito de luna, carne de mi carne, sin mancha ninguna, candorosamente dormida en su cuna, Jesús Nazareno, te la entrego a tí...

Te pido que nunca la dejes perdida en las fragorosas aguas de la vida. Está por tu propia sangre redimida. ¡Jesús Nazareno, te la doy dormida! Su corazoncito también está así... Su madre ha querido que te la dé plena. Tómala así humilde, tómala así buena, tómala, Maestro, por ella y por mí...

Su madre ha querido que te la dé plena. Haz que sea dulce, haz que sea buena, haz que sea un rayo de luna serena sobre las angustias de nosotros dos... yo quiero que sea su fé la más viva, yo quiero que sepa mirar hacia arriba con hambre de altura, de lumbre, de Dios...

Tómala, Maestro, tómala inocente, quiero que te rece fervorosamente, y que en las mareas de su vida ardiente ame humildemente, ame dulcemente, todas esas cosas que su padre amó...
Y tú, Jesús, déjale esas ilusiones, esas alboradas, esas devociones, esas alegrías, esas oraciones, esas inquietudes que he perdido yo...

Señor Jesucristo, es mala la vida...
Señor Jesucristo, la fe está perdida,
la esperanza muerta, muerta la ilusión...
Tú, Jesús, apártala de nuestros abrojos,
y quema sus labios y alumbra sus ojos
con el evangelio de tu corazón...

Toma este florido rayito de luna; es rosa de sangre, sin mancha ninguna; Jesús Nazareno, tómala en la cuna; ella me ha pedido que te la dé así... Es luz de nosotros, es luz de mi vida. Tómala, Maestro, ¡te la doy dormida! Tómala, Maestro, ¡por ella y por mí!...

LA PUERTA

Mi puerta estará siempre hermética y sombría. Mi puerta antigua, llena de viejos aldabones, es áspera y hostil, y nadie creería que detrás de ella arden ternuras y canciones.

Ante ella duermen, duras, tres gradas de ladrillos, que arrancan de la tierra hacia mi soledad; por ellas sube el sol de mis días sencillos, y golpea la puerta con celeste humildad.

Hasta mi puerta, un día nublado y pensativo, dos manos de mujer vinieron a golpear, y las hojas se abrieron con ese arranque altivo con que se abren las alas cuando van a volar...

Los piececitos breves escalaron las gradas, cruzaron el umbral con dulce y leve andar, y las hojas cerráronse, rotundas y calladas, así como dos ojos que no quieren mirar.

Alguien creyó sentir cadencia de alegría, tenue rumor de beso y silencio de amor; pero la vieja puerta, egoísta, escondía porfiadamente hasta el más leve rumor. Lentamente camino. En el inquieto arcano de cada día, viene el futuro a golpear; yo le digo sonriendo: ¡Todavía es temprano! ¡tienen un mismo ritmo la vida y el cantar!

Y llegará la muerte a mi puerta sombría; entrará, y en silencio me estrechará la mano; me llamará el futuro con llamado de hermano: —Poeta, hoy te espero, que es el último día! Y yo, como poeta, le diré en la agonía: ¡Todavía es temprano! ¡todavía es temprano!

GABRIELA MISTRAL

LOS SONETOS DE LA MUERTE

I

Del nicho helado donde los hombres te pusieron, te bajaré a la tierra humilde y soleada.

Que he de dormirme en ella, los hombres no supieron y que hemos de soñar sobre una misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una dulcedumbre de madre para el niño dormido, y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna, para tocar tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas, y en la azulada y leve polvareda de luna, los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas, porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna bajará a disputarme tu puñado de huesos... II

Este largo cansancio se hará mayor un día y el alma dirá al cuerpo que no quise seguir arrastrando su masa por la rosada vía por donde van los hombres, contentos de vivir...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente, que otra dormida llega a la quieta ciudad. Esperaré que me hayan cubierto totalmente. Después... vamos a hablar por una eternidad.

Sólo entonces sabrás el por qué, no madura para las hondas huesas tu carne todavía, tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir...

Se hará luz en la Zona de los Sinos, obscura, sabrás que en nuestra alianza signo de astros había y, roto el pacto enorme, tenías que morir!

III

Malas manos tomaron tu vida desde el día en que, a una señal de astros, dejara su plantel nevado de azucenas. En gozo florecía. Malas manos entraron trágicamente en él. Y yo le dije a Dios: «Por las sendas mortales, le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar! Arráncalo, Señor, a esas manos fatales o le hundes en el hondo sueño que sabes dar!

No le puedo gritar, no le puedo seguir! Su barca empuja un negro viento de tempestad! Retórnalo a mis brazos o lo siegas en flor!»

Se detuvo la barca rosa de su vivir... ¿Qué no sé del amor, que no tuve piedad? ¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!

ANGEL C. CRUCHAGA S. M.

LA VOZ QUE VIENE

Y tus ojos azules en las páginas, sentirán la agonía de mi espíritu en un largo morir maravilloso.

Tus ojos me verán como un mendigo que ha juntado los párpados y tiembla, sujetando la luz de las visiones, que en la carne se duermen como niños que sienten miedo de los ojos malos.

En tu mano mi vida fué el maduro fruto que se desprende en el silencio. Se consumió mi sangre bellamente en el lento cedazo de mi sombra.

Tú veras el dolor de los minutos que en mis versos se agitan naufragando en un cáliz de estrellas, mi cerebro; Tú verás el impulso de mi vida exangüe, que te busca en el sigilo donde pasó tu pie como un aroma. Para ti fué mi corazon un mudo, que puso las preguntas en los ojos y en las manos, enfermas de esperarte.

Fuí débil como el perro que se encorva y que tienen los ojos ahondados de pensar en las cosas.

A LA VENIDA DE JESÚS

Tierra clara y sonora de los bosques profundos; sombra de Jesucristo, desde el cielo tendida, suaviza tus montañas y tus mares jocundos; de las estrellas viene Jesús sobre la vida.

Que se transforme en miel el corazón divino de los árboles claros, bellos y estupefactos. Viene el navío eterno que trae al vellocino ¡Oh, espíritu del mundo, mostradle vuestros actos!

Oh brazos de las madres, puros y transparentes, recibid al Jesús, dulce y maravillado, Oh, corazón inquieto de las hondas vertientes, cantad sobre la vida como un Job inspirado!

¡Acariciad sus huellas, oh jóvenes esposas! Hasta Luzbel sonríe aclarando el infierno. Viene Jesús, hablad, oh labios de las cosas obscuras y olvidadas por el Pastor Eterno.

Dolores de los árboles, profundos y cansados que trasudan fatigas y temblores violentos, cantad a los sonoros espacios estrellados que perfuman los ángeles y atraviesan los vientos.

Cansancio de Luzbel; atroz monotonía de sus cinco sentidos para el amor exhaustos; semillas sin vigor; manos en agonía que no acrecientan los últimos holocaustos.

Tierra de las miserias; carne de Job vencida, prepárate al prodigio; florecerán tus llagas. El perfil de Jesús se inscrustará en la vida, como la madre muerta en las horas aciagas.

¡Oh, senderos del mundo; Jesús viene tranquilo de las constelaciones, infinitas y suaves!
Contempladlo avanzar en un dulce siglo.
Mueve su corazón las velas de las naves.

ALBERTO RIED

MAR

Mundo monstruo de aguas agrias que separas toda tierra. Mundo solo, mundo de agua...

Con el cielo te confundes, las estrellas y las nubes, las burbujas intranquilas, y las olas, eternidades azules...

Nubarrones iracundos, senos hondos, sordos tumbos que se azotan al latido del forzudo que levanta las espumas.

Denso ambiente de la vida tenebrosa.

De tu masa movediza nada emerge:

Olas grises se persiguen, olas verdes se retuercen.

Se acarician las tuninas y fureles: Son curiosos que te pueblan, que se atreven con sus ojos siempre abiertos, a mirar lo que hay arriba.

Alcatraces y gaviotas se deslizan y sus alas en las aguas nunca tocan; te conocen y no temen y te escrutan la honda sima...

Golondrinas voltejean
en los días, en las tardes y en las noches;
nadie sabe donde duermen:
Los espías pacienzudos
del cardumen que platea;
la cascada de los peces
que en las diáfanas pendientes
se atropella.

Mundo monstruo de aguas agrias, denso ambiente que sepultas los picachos de montañas naufragadas... En tus cuevas son velludas tus arañas gigantescas; tú no tienes mariposas en tus flores; en la espesa selva obscura son orquídeas las medusas, algas rubias son los juncos y vampiros de tus bosques son los pulpos.

Reino mudo. Extraño todo:
Sangre helada que circula por las venas
son sin párpados los ojos
que penetran las negruras...
Grandes bocas tan abiertas,
ni un murmullo ni una queja.

Por las cumbres sepultadas de tus altas cordilleras, van los cíclopes callados alumbrando con sus palpos las tinieblas.

En tus valles cenagosos donde nunca fulge nada, en bandadas se persiguen peces negros y sin ojos. Primaveras tenebrosas en las grietas de tus peñas sumergidas. Los tentáculos que ansían y el molusco que entre valvas nacaradas se fecunda.

La madrépora invisible
que en honduras
de insondables senos negros
es el átomo que vive,
la madrépora que muere
y agiganta a la que sigue...
Se levanta el esqueleto de corales,
y el peñon desconocido
con los siglos va avistando claridades,
entre espumas y chirridos
y entre luengas cabelleras que se baten.
Mira al fin, entre arreboles de agua glauca,
revolar a las gaviotas
y la lumbre vacilante de otros mundos,
que en ignotas lejanías centellean.

Si los soles agonizan, son tus ondas fulgurantes la áurea estela que renace. Las luciérnagas radiosas, la burbuja que clarea. ¡Te fustigan las auroras, mar jadeante!

¿Tus adornos? Blancos témpanos de hielo, te atormentas tú con ellos balanceándolos de lejos, desde allá donde la noche se hace eterna. Se deshace la alba mole, bambaleándose en tu seno que la estrecha.

¡Mundo monstruo de agua amarga! En lo hondo de tu abismo se derrumban continentes, tú lo acallas y lo ocultas sordamente con la negra pesadumbre de tus aguas.

Si la tierra se desgarra en lo helado de tu fondo, por la brecha tú penetras en la entraña, y volcanes que se apagan son tu oculta y muda huella.

Cuando plácido te muestras con la luna jugueteas, te retiras y simulas que a la tierra ya te entregas; vuelves lenta y mansamente, cuando sube la marea...

Cuando plácido te muestras, eres lago que se extiende tierra adentro, que apacible contornea

las plateadas cordilleras; vas mojando las arenas donde el bosque se detiene, vas buscando ventisqueros azulados, solitarios penitentes congelados entre peñas.

¡Eres mundo de agua quieta!
Te condueles de la tierra que se asoma, de los ríos que desbordan.
Te adormeces en la orilla de la selva, y entre brumas y entre sombras te confundes con el cielo, mar eterno!...

JORGE HÜBNER

AL ÁRBOL

Árbol que, como el hombre, te alimentas de lodo, pero que alzas al cielo los brazos retorcidos y, apretado a tus ramas, mantienes alto todo lo que amas: hojas nuevas, botones, flores, nidos.

Quiero tu paz severa, tu fe en orar en vano; tu esperar, cuando emigran, que las aves regresen; tus silencios, más hondo que mi cantar humano y tu ardor por cubrirte de flores, que fenecen.

Tú te bastas: tú creas la flor que lleva un germen que, en cualquier campo sano, perpetuará tu ser: el hombre, tras de angustias de amores que le en-[fermen, pondrá en su sangre obscuras influencias de mujer.

Tú das tu sombra a todos los seres: tu perfume, por el amor del viento, se puede disfrutar; pero el hombre, en sus ansias de darse, se consume por ofrecer un bien que no puede formar... Buscándolo, recorre los valles; su destino obscuro le hace ser eterno vagabundo y tú, inmovilizado junto a cualquier camino, le dices que encontraste tu sitio en este mundo.

PLEGARIA

Virgen, tus ojos mártires rezan, como las llamas de los cirios,

Virgen, tus manos pálidas y trémulas piensan, como las manos de los ciegos.

Por tu fervor, mi beso se hizo hostia y llevó toda mi alma a tus entrañas.

Nuestras vidas serán como dos manos que se unirán apasionadamente.

Mis estrofas serán como esas naves que parten, silenciosas, en la noche,

y me entraré contigo en el silencio de las pasiones grandes... OTROS POETAS JÓVENES

EL AGUA DICE ...

Canta al durazno agradecido que te alarga las manos infantiles de sus flores rosadas.

Estruja y purifica la maravilla de oro que da luz a tu sangre.

Muéstrate sano y fuerte a los ojos del sol; corre desnudo como un alma, y entrégate a los campos verdes y vigorosos; acaricia la frente de los lirios que te miran pasar y son humildes y conocen tu voz...

REFUGIO DE JARDÍN

Buen amor legendario vivido humildemente bajo la luz pequeña de una calle olvidada. Meditaciones de convaleciente. Refugio de jardín en la sonrisa amada. Después un compasivo recuerdo del pasado banal, de las antiguas andanzas sin objeto, del camino sin luna y el camino encantado, y otros parques por donde la llevaré en secreto.

Será grato sentir que la vieja amargura se agranda para hacer florida su piedad. ¡Cómo os adoro manos de ensueño y de agua pura que besaréis mi soledad!

Juan Guzmán Cruchaga.

ESTA VIEJA HERIDA

Esta vieja herida que me duele tanto me fatiga el alma de un largo ensoñar; florece en el vicio, solloza en mi canto, grita en las ciudades, aulla en el mar.

Siempre va conmigo poniendo un quebranto de noble desdicha sobre mi vagar.

Mientras más antigua, tiene más encanto jojalá que nunca deje de sangrar!

Y como presiento que puede algún día secarse esta fuente de melancolía y que a mi pasado recuerde sin llanto; por no ser lo mismo que toda la gente; yo voy defendiendo románticamente esta vieja herida que me duele tanto.

PEDRO SIENNA

MISERERE

La juventud, amor, lo que se quiere, ha de irse con nosotros. ¡Miserere!

La belleza del mundo y lo que fuere, morirá en el futuro. ¡Miserere!

La tierra misma lentamente muere con los astros lejanos. ¡Miserere!

Y hasta quizás la muerte que nos hiere también tendrá su muerte. ¡Miserere!

Domingo Gómez Rojas

SONETO

Lo mismo que un gusano que hilara su capullo, teje en la rueca tuya tu sentido interior; he pensado que el hombre debe crear lo suyo como la mariposa sus alas de color. Hila serenamente sin soberbia ni orgullo tus ansias y tu vida, tu verso y tu dolor; será mejor la seda que hizo el trabajo tuyo, porque en ella pusiste tu paciencia y tu amor.

Yo como tú en mi rueca hilo la vida mía, y cada nueva hebra me trae la alegría de saber que entretejo mi amor y mi sentir.

Después, cuando la muerte se pare ante mi senda, con mis sedas más blancas levantaré una tienda y a su sombra, desnudo, me tenderé a dormir.

MANUEL ROJAS

ÍNDICE

	PÁGS.
Introducción	7
Pedro Antonio González	31
Samuel A. Lillo	35
Diego Dublé Urrutia	39
Antonio Bórquez Solar	43
Francisco Contreras	47
Miguel Luis Rocuant	55
Carlos Pezoa Véliz	59
Ernesto A. Guzmán	65
Manuel Magallanes Moure	71
Víctor Domingo Silva	75
Jorge González Bastias	79
Antonio Orrego Barros	83
Carlos R. Mondaca C	-
	85
Max. Jara	93
Pedro Prado	95
Daniel de la Vega	101
Gabriela Mistral	105
Ángel C. Cruchaga S. M.	109
Alberto Ried	II2

	PÁGS.
Jorge Hübner	119
Juan Guzmán Cruchaga	123
Pedro Sienna	124
Domingo Gómez Rojas	125
Manuel Rojas	125

Ediciones de LOS DIEZ

NÚMEROS PUBLICADOS

I.º (I de la Revista).—Contiene: prosas de Prado, Ried, Eduardo Moore, Donoso, Molina y Juan Fco. González; versos de Mondaca, Magallanes Moure, Cruchaga y Daniel Vásquez; música de Allende y Leng; grabados de Bertrand, Cousiño, Soto y Julio Ortiz de Zárate; crítica y crónica.

Precio: \$ 1.50

 2.º (I de la Biblioteca).—Venidos a menos, novelas cortas por Rafael Maluenda.

Precio: \$ 2.00

3.º (II de la Revista).—Contiene: prosas de Thomson, Eduardo García Guerrero, Alejandro Rengifo y El Hermano Errante; versos de Guzman, Solar Correa, Capdevila y de la Vega; música de Alberto García Guerrero; grabados de Valenzuela Llanos, Simón González y Ernesto Cabral; crítica de El Licenciado Vidriera, etc.

Precio: \$ 1.50

4.º (II de la Biblioteca)—La Hechizada, novela por Fernando Santiván.

Precio: \$ 2.00

5.º (III de la Revista).—Contiene: prosas de Amanda Labarca, Donoso, Prado, Carrera, Valenzuela Llanos, Ried, Moore, Amado Nervo, El Hermano Errante y Garrido; versos de Magallanes, Cruchaga, Juan Egaña y Gabriela Mistral; música de Acario Cotapos; grabados de Ried, Dorlhiac, Harpignies, Millán y retrato de Verhaeren; crítica de El Licenciado Vidriera, Barrios, etc.

Precio: \$ 1.50

6.º (III de la Biblioteca).—Días de Campo, cuentos por Federico Gana.

7.º (IV de la Biblioteca).—Pequeña Antología de Poetas Chilenos. Introducción de Armando Donoso.

Precio: \$ 2.00

Pedidos a Santiago, casilla 2455

LOS DIEZ

Eduardo Barrios.....

atienden el pedido de los siguientes libros, a los precios que se indican, para enviarlos a cualquier punto del país o del extranjero. Los suscriptores tendrán una rebaja de 20% como asimismo los libreros. Las personas que deseen se les envien certificados los libros, deben acompañar el valor correspondiente.

POESÍA

Manuel Magallanes Moure La Jornada \$ 3.00	
Ernesto A. Guzmán Vida Interna 2.00	
" Los Poemas de la Sere-	
" nidad 2.50	
Fl Arbal Illusionada 200	
Alberto Ried El Hombre que anda 2.50	
Angel Gruchaga Las Manos Juntas 2.00	
Pedro Prado El Llamado del Mundo 2.00	
The state of the s	
(poemas en prosa) 2.00	
" " Los Pájaros Errantes	
(poemas en prosa) 2.00)
" " Los Diez (poema en pro-	
sa) 2.50)
Victor Domingo Silva Hacia allá 5.00)
NOVELAS Y CUENTOS	
Augusto Thomson, La Lámpara en el Mo-	
lino \$ 2.00)
Manuel Magallanes Moure ¿Qué es amor?	
Manuel Magallanes Moure ¿Qué es amor?)
Manuel Magallanes Moure ¿Qué es amor? 2.50 Rafael Maluenda Los Ciegos 3.00)
S 2.00 Manuel Magallanes Moure ¿Qué es amor? 2.50 Rafael Maluenda Los Ciegos 3.00 Pedro Prado La Reina de Rapa Nui 2.00)
Manuel Magallanes Moure ¿Qué es amor?)
S 2.00 Manuel Magallanes Moure ¿Qué es amor? 2.50 Rafael Maluenda Los Ciegos 3.00 Pedro Prado La Reina de Rapa Nui 2.00)
Manuel Magallanes Moure ¿Qué es amor?)
lino	

Vivir.....